

Una psicoanalista en la ciudad.

María José Gómez

Miguel Ángel Sánchez Hernández

20/09/2008

Cuando se propuso la presentación de un trabajo de María José para esta Conversación y que ésta me correspondería a mi, estaba dedicado a la búsqueda en los archivos de ella de un texto que me sirviera para mi participación en el homenaje que hace escasas fechas le hemos dedicado en Sevilla. Lo encontré entre los muchos textos que ella había elaborado para sus múltiples participaciones en toda actividad que se le requería con el fin de abrir el saber psicoanalítico a la Ciudad. Es un texto para una conferencia, está lleno de entusiasmo, de todo ese entusiasmo que desbordaba cuando se trataba de defender al psicoanálisis, y defenderlo no solo entre los ya atrapados por él, sino a los que se acercaban a conocer, a saber. Con una intención siempre de apertura, de dar a conocer todo lo que el psicoanálisis puede y debe hacer por el sujeto, se presentaba siempre nuestra colega María José.

Es un texto actual, donde en el 2006 presentaba y defendía la utilidad del psicoanálisis. Nos habla de las dificultades para la comprensión y aceptación del psicoanálisis. Habla del mundo actual de los trastornos mentales y su abordaje, y de dónde se sitúa la diferencia fundamental del psicoanálisis del resto de los tratamientos psicoterapéuticos. Sobre este texto que comentaré y sobre el que reflexionaré tratarán mis palabras en esta Conversación.

A partir de una pregunta que hace de título «¿Es útil el psicoanálisis?», Pepa empieza su exposición. Es una pregunta a la que creo que todo psicoanalista tiene que responder y así lo hace ella. Se trata de dar respuesta al discurso que oímos en la calle sobre el psicoanálisis: que si el psicoanálisis está superado, que es una terapia clasista y reaccionaria, que si es interminable. Es dar una respuesta distinta desde el psicoanálisis ante los malestares de la humanidad frente al mundo de prisas, estadísticas, evaluaciones y rentabilidad. Es hacerse oír en el reino de las TCC, terapias que tratan de poner remedios rápidos y que junto con los psicofármacos tratan de adaptar al sujeto al medio lo antes posible y de la forma menos gravosa. Cosa paradójica

puesto que el gasto en farmacia, la recurrencia sintomática no resuelta que reaparece y se eterniza, no son bajos costes ni temporales, ni económicos, ni humanos. Ya Eric Laurent lo señala muy bien cuando dice «la terapia de corto plazo se convierte en un corto plazo repetido si se quiere mantener la eficacia».

En toda esta maraña de psicoterapias que responden con utilitarismo a los malestares de la sociedad y del individuo cabe de todo. Pero como bien nos señala María José, no sucede así con el psicoanálisis, este no cabe. No solo es que no quepa, es que es rechazado.

Frente al psicoanálisis nadie queda indiferente o se le ama o se le odia. O se le acepta efusivamente o se le rechaza estrepitosamente. Rechazo como medida de defensa. Defensa frente a la dificultad de asumir la existencia del inconsciente. Ceder ante la idea de que no somos libres, de que estamos regidos por algo que está al margen de nuestra conciencia y nuestra razón no es algo que nos sea fácil. Esta herida narcisista no es fácil de soportar. La gran ofensa de Freud fue la de decir que el hombre no es dueño ni siquiera de su propia alma nos dice María José en su texto. Es un golpe de gracia que vino a romper el cojito cartesiano y la concepción kantiana obligando a proponer una nueva concepción del ser, «allí donde pienso no soy».

Es difícil para el hombre reconocer lo que de inconsciente, de pulsional hay en él. María José nos presentó una reflexión con la que estoy plenamente de acuerdo: «esta resistencia del hombre parte del horror que produce a cada uno de nosotros admitir la existencia de algo que no es mensurable, que no es manipulable, algo por lo que el sujeto humano está dominado y que desemboca, la más de las veces, en el miedo ancestral a la locura». Hay algo de lo Real que se hace inabordable y asumir la existencia del inconsciente es asumir la existencia de ese Real que se escapa a la articulación de la palabra y que coloca al hombre justo en el nivel de su propia limitación por el hecho de ser un ser-hablante, de estar marcado por el lenguaje.

El reconocimiento del inconsciente hace al hombre vulnerable por eso el rechazo será más fuerte en la medida en que la ciencia y la técnica progresan provocándole la fantasía de dominador del mundo.

Suena con frecuencia y de forma recurrente la noticia de la muerte del psicoanálisis, y cabría preguntarse el por qué de tomarse tantas molestias en amenazar de muerte a un moribundo o más bien a un muerto, según esas mismas críticas. Ya a Freud se le quiso matar, unas veces por perverso otras por retrógrado y quizás actualmente por ineficaz y difícilmente evaluable.

Pero en su gran mayoría estas críticas están hechas desde el más absoluto desconocimiento. Pero de cualquier manera, hoy, en el siglo de la psi, ni el cine, ni la filosofía, ni la publicidad, ni el orden social puede evitar que su análisis sea atravesado por ese nuevo saber que, sin duda, ha dado una nueva

explicación del sujeto humano y de su relación con el medio. Explicación que los analistas de la Escuela debemos de seguir dando a conocer en nuestra Ciudad.

En otro momento del texto María José hace referencia a la utilidad pública del psicoanálisis. Nos recuerda en su exposición que el interés por la utilidad pública está desde el principio en Freud, su deseo de vincular el psicoanálisis con otras disciplinas para favorecer al hombre desde lo colectivo. También Lacan quiso que la fundación de su escuela fuera calificada como bien público.

El psicoanálisis no puede, ni debe, ni de hecho está fuera de lo social, ese era otro gran punto de lucha de María José como de toda la Escuela. Hay algo obvio, que los efectos del análisis en lo íntimo de cada cual tiene sus efectos en lo social, en los otros cercanos. Pero además de esto el psicoanálisis y los psicoanalistas tienen otro compromiso con el mundo en el que están inmersos. Hay algo que ofrecer.

En la sociedad actual, donde los problemas psíquicos que se muestran en nuestros tiempos los podemos observar con solo salir a la calle, poner la tele o leer el periódico. y donde los servicios sanitarios públicos están desbordados, y ante esa demanda de atención por trastornos mentales se le oferta la administración de fármacos y las terapias cognitivo conductuales, basado todo ello en función de la eficacia, utilidad y rapidez. Todas estas soluciones, ficticias soluciones en la gran mayoría, intentan enmudecer el sufrimiento, condenando al sujeto al silencio y el abandono. O como decía J. A. Miller en Comandatura en el 2004 y así nos lo recordaba María José en su ponencia, que una característica del sujeto de nuestro tiempo es el sentirse desamparado. Se olvidan o no saben que no se trata de eliminar el síntoma en el sujeto sino convertirlo en útil para él a través de la experiencia del lenguaje. No saben que, y me parece adecuado recordar las palabras con las que cierra la conferencia Miller en Sevilla en el 1988, que si bien «la salud se define por el silencio de los órganos, pero está el inconsciente que no se calla nunca y que no ayuda para nada a la armonía». No cuentan con ello y se mantienen en la fantasía de la armonía mens sana In corpore sano.

Es una cura impuesta por el Amo moderno de la economía y que consiste en una cura que anula la relación saber y verdad. Como nos anunciaba Pepa en su texto si se sigue silenciando al sujeto con los medios de tratamiento de carácter paliativo, la pulsión de muerte estará en circulación y sus estragos exigirán cada vez más programas de esta atención paliativa y esto no es más que una espiral sin fin.

Esto ocurre, es un hecho, pero tenemos también la realidad de que cada vez con más frecuencia, a pesar de la insistencia por enmudecemos, no pocas personas demandan ser tratadas como sujetos, ser tratados como sujetos de la palabra, como sujetos de deseo, como sujetos humanos en suma y no como

seres informatizados, usuarios o como decía María José, perritos de Paulov.

Ante este mundo actual y ante la demanda del sujeto de ser escuchado, el psicoanalista puede y debe tomar partido frente a esa demanda y allí donde sea posible buscar la utilidad pública del psicoanálisis, defenderla. y así, como dijo Lacan «la oferta creó la demanda», los psicoanalistas deben ofrecer su práctica clínica a diversas instituciones públicas para mostrar su utilidad desde allí o como ya es una realidad ofertar los CPCT (Centros Psicoanalíticos de Consultas y Tratamiento). Ya dijo Manuel Fernández Blanco refiriéndose a la puesta en funcionamiento de los CPCT: «iniciativa como esta supone defender, en acto, el psicoanálisis como un derecho ciudadano, como una alternativa frente al sufrimiento más íntimo de cada uno. Consideramos que el encuentro con un psicoanalista es algo demasiado valioso como para que sólo sea posible para algunos».

María José era psicoanalista comprometida con su deseo, con el psicoanálisis, con la Escuela y con la ciudad. Estaba inmersa en la ciudad y daba siempre esa posibilidad de encuentro con una psicoanalista, con el psicoanálisis, a todo aquel que lo deseara. Dando la posibilidad de llegar a cualquier lugar para hacer saber de la verdad del sujeto del inconsciente, de su presencia en todos nosotros.

He tratado de transmitir algo de este deseo y compromiso en esta breve aportación. Espero haber sabido hacer llegar algo del entusiasmo y la decisión que María José puso en la defensa del psicoanálisis en la ciudad, Se presentan tiempos donde ese entusiasmo y decisión, de la que ella hacía gala, serán necesarios para ante la dificultad encontrar la buena manera de hacernos oír, de que cualquiera que quiera escuchar nos oiga.